

DON FEDERICO DE ONIS EN MI RECUERDO

Me tocó la suerte de que en mi vecindario vivieran y aún viven seres de calidad superior y diferente. Entre ellos Juan Ramón Jiménez y Zenobia, don Federico de Onís y Harriet, Margot Arce y Compostela; el doctor Batlle y Dalila León, las doctoras Annie y Graciela Navarro y Raquel Sárraga, devota directora de la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez. Todos amigos queridos y respetados por mí.

Recuerdo hoy a don Federico de Onís, en el acto conmemorativo de su centenario que ofrecía el Seminario de Estudios Hispánicos que lleva su nombre, en la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.

Su inmanente ternura contrastaba con su fortaleza física; su inaparente sentido de religiosidad me sorprendía, como su acercamiento y afabilidad con sus vecinos, siempre borrando distancias. No era el león tan fiero como se pintaba.

Unos incidentes deshilvanados acuden a mi memoria en ocasión de la celebración de su centenario. Les ofrezco a continuación, tal como acuden en este momento de evocación.

Recuerdo que un domingo, muy temprano, llegó don Federico a mi casa. Quería saber las horas en que se celebraban las misas de la Parroquia del Espíritu Santo, a la que yo asistía. Sus nietos, que los visitaban en aquellos días, irían a la iglesia. Era domingo y no podían faltar.

Cuando don Federico leyó mi tesis doctoral me escribió una carta que me llenó de entusiasmo y seguridad. Más tarde me informó que la había agregado a la lista de referencias en su seminario; a don Federico le gustaba dar buenas noticias y aquella lo era para mí.

Siempre recuerdo el cariño y la ternura que mostraba por Gloria Arjona. Casi la mimaba. ¡Qué alegría sentía cuando una iba por su casa! Era difícil llegar a ella con poco tiempo, porque también era difícil salir de ella. Tanto don Federico como Harriet lo evitaban con sus obsequios y su conversación.

Varias veces noté que Don Federico barajaba unas cartas españolas. No pregunté. Pero me pareció que él jugaba solitarios, como muchos españoles.

Era mi costumbre aprovechar la sombra de la tarde para cuidar mi jardín. También era costumbre de los Onís aprovecharla para dar un paseo. Pasaban por mi casa y se detenían un rato a hablar conmigo. A don Federico le gustaba cultivar la tierra, sembrar. Eso lo llevaba todos los años a Estados Unidos, para atender una finca que tenían allá, creo que cerca de Nueva York.

Acababan de llegar de Estados Unidos y, como de costumbre, dieron su paseo vespertino y se detuvieron a saludarme. No lo olvido. Don Federico

llevaba una varita, como de quince pulgadas, que movía constantemente al nivel de su cara. Entonces me dijo Harriet: "Federico tiene un dolor en la cara que le molesta mucho". Naturalmente pregunté qué le estaban haciendo para aliviarlo. En ese momento me volví hacia don Federico y me impresionó su mirada profunda y fija, su sonrisa apretada y enigmática. La varita no cesaba su movimiento. Instintivamente me retiré un poco; sentí miedo: pensé que aquella varita podría caer sobre mí. Los acontecimientos que se sucedieron rápidamente a esa experiencia me explicaron aquella mirada imponente y aquella sonrisa apretada.

Al siguiente día eché de menos a los de Onís. Me intranquilité y recordando el episodio del día anterior, me acerqué a don Jacobo Morales (vecino y amigo) y éste me enteró que a don Federico lo habían hospitalizado y que Harriet estaba con él.

Yo sabía que Sally Ortiz, mi compañera de oficina y profesora de Español en Estudios Generales, le tenía mucho afecto a don Federico. Al enterarle que don Federico estaba en el hospital me invitó a que lo visitáramos.

Mi hermana me preparó un molde de dulce de guayaba, grande y delicioso, como regalo para don Federico. Sólo a él le sirvió Harriet de mi obsequio y algunos días más tarde a Juan, su hijo.

Por supuesto, nunca pensé que veríamos el enfermo, pero Harriet insistió que lo saludáramos. Sally entró primero. Lo besó. Después yo. Don Federico me miró muy remotamente; pensé que no me había reconocido.

No tardaron en regresar a su casa en Floral Park, Betances número ya don Federico no recibía visitas.

Muy temprano en la mañana del 14 de octubre me notificaron que don Federico de Onís se había negado a seguir viviendo.

Al llegar a la casa me encontré con don Jaime Benítez, Rector de la Universidad de Puerto Rico, que hablaba con un fiscal en la terraza de la entrada. Seguí para el comedor donde estaban Harriet y Lulú, la esposa de Don Jaime, sentadas una frente a la otra. Ambas a la vez me dicen: "Estábamos hablando de ti". No pregunté, pero vino a mi memoria algo que había ocurrido algunos meses antes. Harriet me visitó porque alguien le dijo que me habían robado en aquellos días. Sí, me habían abierto la casa como en otras ocasiones. Entonces Harriet me dijo: "Pero Adriana, ¿usted no tiene una pistola en su casa"? "No, Harriet no quiero en esta casa ningún arma que se pueda revertir contra mí. Nunca daré el frente en esas cosas". A eso Harriet comentó: "Yo tengo una en mi escritorio. A mí me indigna que entren en mi casa, que me roben, que me despojen de lo mío. Las otras noches Federico disparó un tiro al aire, porque sintió ruido". Comprendí la razón de ella pero no me convenció.

Había que comunicarse con los hijos de don Federico. Mientras tanto llegaba la gente, sonaba el teléfono, era necesario atender muchas cosas en aquel momento. Le sugerí a Harriet que me anotara los números de los teléfonos, que yo iría a mi casa y haría las llamadas.

Me comuniqué con José. Creo que también con Federico. Cuando Harriet apuntaba su número comentó que Federico no podría venir, porque

estaba enfermo. Fue difícil localizar a Juan. Cumplía en América del Sur una misión del "New York Time", atendía la muerte del Che Guevara. Me comuniqué con otras personas cuyos nombres he olvidado.

En el Cementerio Santa Magdalena de Passic, de San Juan de Puerto Rico yace don Federico de Onís. En su lápida leemos estos versos de Amado Nervo como admirable síntesis de ser de don Federico.

DON FEDERICO DE ONÍS
Amé, fui amado.
El sol acarició mi faz.
Vida, nada me debes,
Vida, estamos en paz.

Tiempo después Harriet se negó a seguir viviendo sin don Federico. Murió de amor y admiración. Sus restos descansan a su lado, en el mismo Cementerio del antiguo San Juan.

Adriana Ramos Mimoso